

SERVICIO PERSONAL

Volumen 1 – Sermón No. 312

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL JUEVES 3 DE MAYO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA DE SURREY, BLACK FRIAR'S ROAD**

EN NOMBRE DE LA SOCIEDAD DE TRATADOS RELIGIOSOS

***“Oh Jehová, ciertamente yo soy tu siervo, siervo tuyo soy, hijo de tu sierva;
tú has roto mis prisiones”
Salmos 116:16***

Estas frases sugieren un contraste. La religión de David era de perfecta libertad: "Tú has roto mis prisiones". Era una de servicio completo: "Verdaderamente yo soy tu siervo; siervo tuyo soy, e hijo de tu sierva". ¿Dije que el texto sugería un contraste? De hecho, las dos cosas nunca necesitan ser contrastadas, pues se descubre que no son sino parte de una experiencia divina en las vidas de todo el pueblo de Dios.

La religión de Jesús es la religión de la libertad. El verdadero creyente puede decir, cuando su alma se encuentra en un estado saludable: "Tú has roto mis prisiones. Los grilletes penales con los que antes estaba atada mi alma están todos hechos añicos, ¡soy libre!". "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu". Las gravosas ataduras de las ceremonias son arrojadas a los vientos. De ahora en adelante los míseros aspectos son pisoteados, las sombras han cedido a la sustancia, y el tipo y el símbolo dejan de oprimir, la verdadera luz brilla ahora, y las antorchas se apagan.

"Has roto mis prisiones", es decir, no sólo me has salvado de las consecuencias penales de mi pecado y de la pesada carga de la antigua ley ceremonial mosaica, sino que además me has liberado del espíritu de esclavitud que una vez me llevó a servirte con el temor de un esclavo renuente.

Has quitado el yugo de mi cuello, y el aguijón de mi espalda. Me has hecho Tu hombre libre. Ya no me agacho a Tus pies ni voy a Tu estrado encogido como un esclavo, sino que vengo a Ti con privilegio de acceso, hasta Tu mismo trono. Por el Espíritu de adopción clamo: Abba Padre. Tú llevas a cabo la filiación, pues por el mismo Espíritu estoy sellado para el día de la redención. Así, oh, Señor, "Tú has roto mis prisiones".

Y si la religión ha ejercido todo su influjo en nosotros, esto no es todo. Me has liberado de las ataduras de los principios mundanos, me has librado del temor al hombre, me has rescatado de la inclinación y adulación que una vez me hicieron esclavo de cada tirano que reclamaba mi lealtad, y ahora me has hecho siervo de un solo Maestro, cuyo servicio es la libertad perfecta. Mientras que antes hablaba con la respiración contenida, para no ofender, e incluso mi conciencia tenía que ceder continuamente a los caprichos y prejuicios de otro hombre, he aquí que ahora "Tú has roto mis prisiones".

Como un águila con la vista puesta en el sol, con las alas extendidas, fiel a la línea hacia la que me elevo, no atado ya a las rocas del prejuicio ni a los montículos de los principios mundanos, enteramente libre para servir a mi Dios sin trabas ni obstáculos: "Tú has roto mis prisiones".

Vasta y amplia es la libertad del creyente. El antinomiano, cuando intenta describir la libertad evangélica, sólo yerra al olvidar que tal libertad es consistente con el servicio más pleno. Pero disfrutamos de toda la libertad que incluso una teología antinomiana podría ofrecer. Una libertad para ser santo es una libertad más grande que una licencia para ser pecador. Una libertad para ser consciente, una libertad para conocer el pecado perdonado, una libertad para pisotear las concupiscencias vencidas, esta es una libertad infinitamente más amplia que la que me permitiría ser el cómodo esclavo del pecado y, sin embargo, me permito la ilusoria esperanza de que algún día pueda entrar en el reino de los cielos.

Las mayores expresiones que pueda emplear jamás el más audaz ministro de la libre gracia no pueden ser aquí exageraciones. Lutero puede agotar su estruendo, y Calvino puede gastar su lógica, Zwinglio puede pronunciar sus tiempos con ardiente celo, pero después de todas las grandes cosas que se han dicho acerca de la libertad con que Cristo nos ha hecho libres, somos más libres de lo que esos hombres sabían.

Libre como el mismo aire que respiramos es el cristiano, si vive a la altura de sus privilegios. Si está en esclavitud, es porque todavía no ha sometido plenamente su espíritu a la influencia redentora y liberadora del Evangelio del Señor Jesucristo. Por lo tanto, en el sentido más amplio y completo, el creyente puede clamar: "Tú has roto mis prisiones". Esta libertad no es meramente consistente con el servicio más profundo y reverente, sino que el servicio es, de hecho, una característica principal de la libertad exaltada.

"Verdaderamente yo soy tu siervo; siervo tuyo soy, e hijo de tu sierva". Esto no entra en conflicto con la frase que le sigue: "Tú has roto mis prisiones". Este hecho de ser siervo de Dios es para mí una prueba y evidencia, y un delicioso fruto y efecto, de haber sido desatado de mis cadenas por el gran libertador, el Señor Jesucristo.

Servicio, pues, además de libertad. El servicio está ordenado a ser una característica constante de la verdadera religión del Señor Jesucristo. "No somos nuestros, hemos sido comprados por precio". No hay un cabello en nuestra cabeza, no hay una pasión en nuestro espíritu, no hay un solo poder o facultad en nuestra mente que sea nuestro. Somos comprados completamente, todos lo que somos ha sido comprado, todo, cada partícula de nosotros, la propiedad comprada del Señor Jesucristo, perfectamente libres, y sin embargo perfectamente la propiedad de Jesús, supremamente bendecidos con la más amplia libertad, y, sin embargo, en el sentido más pleno la propiedad de otro, los siervos encadenados del Señor Jesucristo.

Este servicio, hermanos míos, según se desprende del texto, debe ser verdadero: "Oh Jehová, de cierto soy tu siervo". Me temo que hay mucho servicio a Dios que sólo se queda en términos y palabras. Los hombres se sientan y cantan himnos, en los que claman...

***"Y si pudiera hacer alguna reserva,
y el deber no me llamara;
amo a mi Dios con celo tan grande,
que le daría todo gratuitamente".***

Pero al cabo de una hora sus actos desmienten su canción. Hay mucho de útil en nuestro propio pensamiento que nunca llega a serlo en la acción. No dudo de que a menudo nos felicitamos por los planes que hemos ideado, que caen muertos en el suelo, como higos podridos que nunca se han llevado a cabo. Vamos a nuestros aposentos y doblamos las rodillas, y Satanás nos susurra alguna palabra de autosatisfacción porque tenemos algún proyecto en el alma, algún designio en el corazón, aunque ese proyecto nunca ha llegado a servir, sólo ha sido una intención no ejecutada, nunca ha llegado al acto.

Ojalá cada uno de nosotros conociera mejor el significado de esta palabra: "verdaderamente". "Oh Señor, en verdad soy tu siervo". Tan verdaderamente que mis enemigos no pueden disputarlo, tan verdaderamente que si se atreven a disputarlo, mi próxima acción los contradiga, tan verdaderamente que nunca en ningún acto de mi vida les dé razón para suponer lo contrario, tan verdaderamente Tu siervo, que mis pensamientos te rindan obediencia así como mis manos, mi cabeza así como mi corazón, mi corazón así como mis pies. "¡Verdaderamente soy tu siervo!" No así de nombre y por profesión, sino por hechos reales de santa resistencia, y de noble atrevimiento por Ti. "Oh Señor, en verdad soy tu siervo".

Este servicio, me parece también por el texto, es continuo. "Yo soy tu siervo", es lo que se dice en este momento. "Siervo tuyo soy", es la siguiente expresión. "Yo soy tu siervo", es lo que digo hoy. "Yo soy tu siervo", será lo que diga cuando muera.

Nunca debe pensar el cristiano que cualquier otro lenguaje sea en sus labios algo menos que traidor. "Yo soy tu siervo", debe ser la exclamación del hombre en el momento en que su espíritu conoce que sus pecados son perdonados. "Yo soy tu siervo" ha de ser su supervisor constante cuando se expone a la tentación, ha de ser su estímulo continuo cuando la ociosidad en un espíritu de Laodicea lo haría tibio. "Yo soy tu siervo" ha de ser su gozo en el tiempo del más duro de los trabajos. "Yo soy tu siervo" ha de ser su cántico en el tiempo del más duro sufrimiento.

Continuamente y siempre somos siervos de Dios. Podemos cambiar de amo en la tierra, pero nuestro Amo que está en los cielos es nuestro Amo para siempre. Podemos dejar de servir a nuestro país, pero no podríamos dejar de servir a nuestro Dios. Podemos dejar de estar vinculados a cualquier denominación, pero no podríamos dejar de ser siervos de Cristo. Incluso si nos fuera posible ser tan olvidadizos de nuestras obligaciones como para soñar por un momento con dejar de ser siervos de la iglesia, no podríamos albergar el pensamiento de que dejaríamos de ser siervos de Cristo.

"Yo soy tu siervo". Que el momento siguiente lo repita, que la hora siguiente le haga eco, que el año siguiente siga resonando, que toda mi vida lo prolongue, y que la eternidad sea una continuación del solemne crecimiento. "En verdad, yo soy tu siervo; siervo tuyo soy, e hijo de tu sierva; tú has roto mis prisiones".

Permítanme tomarme la libertad ahora, después de ofrecerles estos pocos comentarios a manera de introducción, como una especie de comentario sobre mi texto; permítanme tomarme la libertad de traer sus pensamientos en un punto en particular, durante el resto de mi sermón. Hay un punto importante que deseo presentar ante esta audiencia, a saber, el deber y la excelencia del servicio personal a su Señor y Maestro. Creo que estaré autorizado a limitar mi texto, aunque contiene mucho más, a la repetición de ese pronombre "yo".

"Verdaderamente yo soy tu siervo; siervo tuyo soy, e hijo de tu sierva; tú has roto mis prisiones". El carácter del texto parece ser lo suficientemente conspicuo para permitirme ahora restringirme a ese único tema: el deber del servicio personal a Cristo. Siento que en este tiempo peculiar, cuando Dios ha visitado algunas partes de nuestra tierra con un rico avivamiento, y cuando tenemos razones para esperar que el avivamiento se extienda a través de esta gran ciudad, siento que ningún tema puede ser más adaptado a los tiempos que el tema del servicio personal, la consagración personal de cada cristiano a la voluntad de su Señor.

Esta noche, pues, hablaré primero de la naturaleza del servicio personal; en segundo lugar, de su razonabilidad; en tercer lugar, de su excelencia; y, por último, llegaré a lo que sin duda está en sus mentes: la ayuda especial que la Sociedad de Tratados Religiosos presta al esfuerzo personal en el reino del Redentor.

I. En primer lugar, ***la naturaleza del servicio personal.***

Permítanme explicarlo mediante un contraste. El servicio de Dios entre nosotros se ha convertido cada vez más en un servicio por poder. No quiero ser censor. Juzguen lo que digo, y si hay algo de verdad en ello, que la verdad llegue a sus almas.

¿No observamos a veces, incluso en la adoración externa a Dios, un gran intento de adoración por poder? ¿Acaso no oímos a menudo cantar, ciertamente nunca en este lugar, pero no oímos a menudo cantar las alabanzas de Dios confinadas a unos cinco o seis o más hombres y mujeres capacitados que han de alabar a Dios por nosotros? ¿No tenemos a veces el triste pensamiento, cuando estamos en nuestras iglesias y capillas, de que incluso la oración es dicha y llevada a cabo por el ministro en lugar nuestro? No siempre hay esa unión sincera en la gran oración del día que debería haber siempre que estamos reunidos.

El pensamiento se sugiere continuamente a la mente: "¿No está gran parte de la devoción confinada al ministro, y a esos pocos que pasan por el servicio?". De hecho, en realidad nos hemos degradado al aplicar el término "espectáculo" al culto divino. "¡Espectáculo!" Una frase engendrada en el teatro, que ciertamente debería haber pasado su existencia allí, en realidad ha sido llevada a la casa de Dios, y los servicios son ahora "representados", y la adoración de Dios es llevada a cabo, y la cosa es llamada el "cumplimiento del deber" del ministro, y no el deleitarse y el disfrutar de un placer por el pueblo.

¿No observamos también que hoy en día en todas nuestras iglesias se sirve demasiado a Dios en actos de benevolencia y de instrucción pública por medio del ministro? Vuestro ministro es sostenido, esperáis que cumpla vuestro deber por vosotros, debe ser el medio para convertir a los pecadores, debe ser el medio para que los pecadores se conviertan y debe reconfortar a las mentes débiles, de hecho, todo el cúmulo de deberes que pertenecen a la iglesia se considera que pertenecen al único hombre que está especialmente apartado para dedicarse al servicio del ministerio.

¡Oh, que esto se rectificara! Quiera Dios que toda nuestra gente pueda sentir que ningún apoyo de los ministros puede librarlos de su propia responsabilidad personal. Creo que hablo en nombre de todos mis hermanos en el ministerio, repudiamos la idea de tomar su responsabilidad sobre nosotros mismos. Encontramos que nuestro propio trabajo es más de lo que podemos realizar sin la fuerza de nuestro Maestro.

Llegar por fin con las manos limpias ante el tribunal de nuestro Hacedor, y poder decir: "Estamos libres de la sangre de todos los hombres", será tanto como lo que podemos esperar alcanzar con las labores más arduas y las ansiedades más incansables. No podemos tomar su trabajo, no pretendemos hacerlo.

Si has soñado con ello, olvida la ilusión y líbrate de ella de una vez por todas. Yo no cumpliré el deber de nadie más que el mío propio, no intentaré ser el padrino de vuestra negligencia y cargar sobre mí el pecado de vuestra pereza y letargo, ni ningún ministro de Cristo pensará ni por un momento que sus más arduos y abnegados esfuerzos pueden eximiros ni por un momento de ser culpables de la sangre de las almas, a menos que vosotros, cada uno de vosotros, hagáis personalmente todo lo que podáis.

Me temo que en muchas iglesias cristianas se presenta un lamentable contraste con este principio. Ustedes han puesto a un hombre en el cargo, y él debe hacerlo todo, mientras que ustedes deben permanecer sentados para ser alimentados, para ser edificados, para ser formados, como si no tuvieran nada que hacer sino ser piedras y ladrillos que deben ser edificados, y no hombres y mujeres vivos, que deben gastar y ser gastados en la causa del Redentor.

Habiendo tratado de demostrarlo por contraste, permítanme ahora ilustrar la naturaleza de este servicio personal con un cuadro real. Miren los primeros días de la cristiandad, el orgullo y la gloria de la iglesia, cuando el aire más puro y el rocío más refrescante estaban en su boca, entonces era el día del servicio personal.

En el momento en que un hombre se convertía a Dios en aquellos días, se convertía en predicador, tal vez en una semana en mártir. Cada hombre era entonces un testigo, no aquí y allá un obispo, o de vez en cuando un confesante, sino cada cristiano, ya fuera que se moviera en la casa del César, o que se moviera, como Lidia, en las actividades del humilde comercio, cada creyente tenía una parte en el servicio, y procuraba magnificar el nombre de su Maestro.

Pocos siglos después de la muerte de Cristo, la cruz había sido levantada en todas las tierras, el nombre de Jesús había sido pronunciado en todos los dialectos conocidos, los misioneros habían atravesado los desiertos, habían penetrado en los recovecos más remotos de los países incivilizados, toda la tierra estaba, al menos nominalmente, evangelizada.

Pero ¿qué nos ha sucedido ahora, hermanos míos? Los resultados de las labores de la iglesia a través de un espacio de años, ¿cuáles son? Caen en la más absoluta insignificancia cuando se comparan con los triunfos de los tiempos apostólicos, y mi propia convicción es que, además de lo que me temo que es la gran causa, la ausencia de la influencia del Espíritu, después de eso, y tal vez en primer lugar, está la ausencia de la tarea personal en el servicio

del Señor Jesucristo, por medio de la cual el Espíritu se manifiesta en la diversidad de Sus operaciones.

¿Qué conquistador o guerrero poderoso podría esperar ganar una campaña si sus tropas votaran que uno de cada cien se mantuviera con sus raciones, que uno de cada cien fuera a la batalla? No, legiones, cada uno de vosotros debe desenvainar la espada. Cada corazón debe ser robusto y cada brazo debe ser fuerte, la línea no debe estar compuesta de aquí y allá con un guerrero y un intervalo entre ellos, sino que cada hombre debe marchar hacia adelante, con el espíritu de un león y la fuerza de Dios, para dar batalla contra el enemigo común de las almas.

Nunca veremos grandes cosas en el mundo hasta que todos nos hayamos despertado a nuestras responsabilidades personales. Dios no dará el honor de salvar al mundo a sus ministros. Lo destinó a su iglesia, y hasta que su iglesia esté preparada para recibirlo, Dios retendrá la corona que ha preparado para su frente, y sólo para ella, y que nadie más que ella podrá ganar jamás.

Creo que comprenderán fácilmente lo que quiero decir con servicio personal. Quiero decir lo siguiente: si hay pobres, no les corresponde a ustedes suscribirse a una sociedad que enviará agentes pagados para socorrerlos, sino, en la medida en que les corresponda, visitarlos en sus hogares y suministrarles con sus propias manos la generosidad producto de un corazón cristiano. No les corresponde a ustedes decir que la City Mission suministra admirablemente un número suficiente de ministros, toda carencia es suplida, yo puedo estar ocioso. A ti te corresponde instruirlos, tú debes ser como una luz ardiente y resplandeciente en medio de esta generación oscura.

El servicio personal es para ti, es para que digas: "Aunque estoy contento con las labores de mi ministro, no puedo estar contento con las mías. Debo tener más, y más, y más que hacer. Deseo gastar todo lo que tengo en la causa de Jesucristo, y no retener ni un solo poder que poseo, sino ser continuamente el siervo vivo del Dios vivo".

II. Habiendo explicado así la naturaleza del servicio personal, permítanme pasar a observar *la razonabilidad de este servicio personal.*

Herederero del cielo, comprado y lavado con sangre, Jesús no te salvó por medio de otro. No se sentó tranquilamente en el cielo, y luego vistió a Gabriel con Su poder y Su fuerza, y lo envió a sufrir, sangrar y morir por ustedes, sino que "Él mismo", fíjense en la fuerte expresión de la Escritura, "Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero". Podía enviar apóstoles y setenta discípulos a predicar, pero nunca descuidó Su servicio cuando empleó a otros. Podía encender otras luces, pero no apagó la suya.

Él mismo fue su servidor. Lavó los pies de los discípulos, no por medio de otro discípulo, sino con Sus propias manos. Alimentaron a los hambrientos, pero Él mismo multiplicó los peces y partió el pan. Envió el Evangelio al mundo, pero no por medio de misioneros, sino por Sí mismo, se convirtió en Su propio predicador, en Su propio expositor, y luego dejó que la verdad fuera asumida por otros, cuando Él mismo hubo ascendido a la gloria.

Por las venas que fluyen, pues, del Señor Jesucristo, por el cuerpo bendito que por vosotros soportó la maldición, la maldición del trabajo, agravada hasta convertirse no en el sudor de la cara, sino en el sudor del corazón en gotas mismas de sangre, por ellas sostengo lo razonable de vuestro servicio personal a Él, y "os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional".

Pero, de nuevo, ¿no tienes una religión personal? No te contentas con promesas que son mantenidas en una especie de "acciones comunes" por toda la comunidad, anhelas tener en tu propio corazón el clamor personal de adopción, nada sino la unión personal vital al Hijo de Dios puede satisfacerte jamás. No te contentas con la elección general, sientes que debes tener una elección personal y un llamamiento personal. Anhelan leer su título claro de mansiones en los cielos. La carta de la gracia gratuita, por brillante que sea, no te satisface a menos que puedas ver tu nombre entre sus herederos. Todos los amplios acres de las promesas no pueden encantarte a menos que puedas caminar sobre ellos y llamarlos tuyos.

Si eres un verdadero cristiano, vives de la realización personal de tu interés en ese pacto de gracia. ¿Qué es más razonable, entonces, que prestes un servicio personal? Si estuviera predicando a aquellos que son necios, esto podría ser visto y sentido también, pero hablo a aquellos que son sabios, porque han sido enseñados por Dios, y digo: ¿qué conclusión puede ser más lógica que los beneficios personales disfrutados, y las bendiciones personales recibidas, deben ser correspondidos por servicios personales prestados?

Además, permítanme señalarles que este servicio personal es razonable, por el hecho de que el servicio personal es la única clase de servicio disponible. Apenas sé si se puede servir a Dios si no es mediante la consagración individual. Todo lo que tu ministro puede hacer ya es debido por él a Dios. No podrías decir ante el trono eterno: "Gran Dios, yo soy Tu siervo, pero te sirvo por medio de otro". ¿No podría Él responder: "ese otro fue también Mi siervo"?

He aquí un hombre que ha gastado toda su vida, y a quien tú has sentido hacerlo, ¿acaso viene ante Dios y clama: "Gran Dios, lo he hecho todo, y me queda un excedente para suplir el carácter dilatorio de mis semejantes"? No, cuando lo hemos hecho todo, somos siervos inútiles, no hemos hecho más de lo que era nuestro deber haber hecho.

Entonces, ¿cómo pueden esperar de alguna manera que pueden servir a Dios a través de nosotros, cuando nosotros mismos sentimos que no podemos alcanzar el punto al que hubiéramos aspirado en nuestro propio servicio personal a Jesús?

Oh, hermanos y hermanas, si tan sólo pensarán en ello, toda su idea de mostrar su gratitud a Dios haciendo que otro hombre lleve su carga sobre sus espaldas, está fundada en la ociosidad, y no puede ser sostenida en justicia. Podría decir más, pero en lugar de ello elijo apelar a ustedes de la siguiente manera, ¿no les llama la atención de inmediato la razonabilidad del servicio personal? Si no lo hace, hubo un tiempo en que lo hizo. Si eres un hijo de Dios, hubo una época en la que los argumentos eran totalmente innecesarios para ti.

¿Recuerdas el tiempo en que tus pecados pesaban sobre tu pecho, y clamabas noche y día: "Dios, sé propicio a mí, pecador"? ¿Has olvidado aquella hora feliz cuando al pie de la cruz de la misericordia se soltaron todas las cuerdas que ataban esa carga a tu espalda, y quedaste libre? ¿Has olvidado entonces aquellos sentimientos de devota gratitud que te hicieron caer al suelo y clamar: "Maestro mío, tómame, haz algo de mí, haz lo que quieras conmigo, sólo déjame servirte"?

¿Recuerdas aquella acalorada prisa con la que corriste por el mundo para contarle a otro el secreto que Dios te había susurrado al oído? ¿Recuerdas ahora, aquel primer mes de tu consagración a Dios, cuando no podías hacer lo suficiente, cuando anhelabas librarte incluso de los necesarios empleos mundanos, para poder dedicarte a Dios?

Me parece oír ahora esos suspiros tuyos: "¡Oh, si yo fuera portero en la casa de mi Dios! Ojalá pudiera servir a mi Señor con todo mi poder y con todas mis fuerzas". Ah, hermanos, y si necesitan argumentos ahora, ¿qué significa sino que han perdido su primer amor, y que han caído de la altura de su consagración? Parece que algunos hombres, que pretenden tener una profunda experiencia, creen que el amor de los cristianos necesariamente se enfría después de la conversión. Yo estoy seguro de que no debería ser así, y si lo es, es un hecho vergonzoso para nosotros.

En mi opinión, es palpable que si amamos mucho a nuestro Maestro cuando lo conocimos por primera vez, debemos amarlo con un grado diez veces mayor de ferviente apego después de haberlo conocido más. Tengo la certeza de que si hemos visto a Cristo, al propio Cristo, y lo hemos visto verdaderamente, estaremos cada día más profundamente enamorados de Él; mientras que al principio nos parecía encantador, llegaremos a conocerlo así, y mientras que antes pensábamos que cualquier cosa que pudiéramos hacer sería demasiado poco, llegaremos a pensar que todo lo que pudiéramos hacer no sería suficiente.

Yo cuestiono por completo el amor de ese hombre, que tiene que decir de él que se enfrió después de un poco de tiempo. ¿Acaso la obra del Espíritu de Dios no es más que una especie de sacudida espasmódica? ¿Es esto todo lo que hace el Espíritu, poner el látigo sobre el lomo del asno y hacer que siga su cansado camino por un instante con un paso un poco más acelerado? Seguramente que no. Dios no obra así. Sería una obra inferior a cualquiera de las que se exhiben en la naturaleza si esto fuera todo lo que Él hiciera.

¿Y la gracia será segunda a los hechos de la naturaleza? ¿Envía Dios a los planetas en sus órbitas, y continúan rodando, y después de haber hecho que una criatura le sirva, se detendrá? ¿El enciende el sol y arde para siempre, y encenderá nuestro cielo, y se apagará pronto? ¿Es la gracia de Dios como el humo de la chimenea, como la nube de la mañana y como el rocío de la madrugada que pasa? Dios nos libre de albergar esa idea.

No, hermanos, y el servicio personal de forma continua también, no es sino el efecto razonable de esa gracia que Dios nos dio al principio, y que continúa dándonos cada hora, y nos dará hasta que subamos a la gloria eterna.

III. Y ahora permítanme pasar al tercer punto: ***el servicio personal, su excelencia,***

Esta excelencia es tan múltiple, que si tuviera tres horas para predicar, podría seguir repasando la lista y no agotarla. Entre sus primeros encantos, el servicio personal es el principal argumento de la religión cristiana contra el escéptico.

El escéptico dice que la religión de Cristo es mantenida por hombres que hacen de la piedad una ganancia. "Tu vida depende de que defiendas la causa", dice el infiel. Incluso a nuestros misioneros se les dice esto a menudo, y aunque es una sospecha indigna y totalmente falsa a hombres que sacrifican mucho incluso cuando ganan más, dicha por hombres que en cualquier otro servicio podrían enriquecerse pronto, en el servicio de su Maestro rara vez, si es que fue alguna vez, no obstante, la burla nunca tan indigna, tiene un gran poder sobre las mentes irreflexivas.

Sin embargo, que la iglesia comience a trabajar unánimemente, que cada hombre particular tenga su misión, que cada hombre y mujer comience a construir más cerca de su propia casa, y a partir de ese día el escepticismo comienza a perder, al menos, uno de sus argumentos, y con él, pierde uno de sus elementos más formidables, una de sus armas más mortíferas con las que ha atacado a la iglesia.

"Mira allí, mira allí", dice el infiel, "hay un hombre honesto, aunque es un tonto honesto al menos cree lo que dice, porque no lo hace de palabra, sino personalmente. No lo hace por otro, sino por sí mismo; no porque le paguen por ello, sino porque lo ama".

Oh, señores, sería en gran parte para la confusión de la infidelidad, si no es que para su destrucción total, si toda la iglesia pudiera ver una vez en su luz apropiada, y llevar a cabo en su plena medida, la gran doctrina del servicio personal.

Pero además, estoy persuadido de que, aunque sería un gran argumento contra los escépticos, sería uno de los mayores medios para determinar a esa clase de vacilantes, que, aunque no son escépticos, son negligentes con las cosas del reino.

No hay manera de hacer que otro hombre sea sincero como si uno mismo lo fuera. Si yo veo a otros que descuidan la gran salvación, y si yo también la descuido, los patrocino, y los ayudo, y los inspiro en su descuido; pero si ese hombre me ve serio acerca de su salvación, comienza de inmediato a hacerse la pregunta: "¿por qué es esto? Aquí estoy yo durmiendo y bajando al infierno, y este hombre que no es pariente mío, y que no tiene ningún interés personal en mí, está afligido, dolorido y turbado, porque voy mal y no puede descansar y estar tranquilo porque teme que yo esté en peligro de la ira venidera".

Hermanos míos, creo que habría más almas movidas a la seriedad por la seriedad que por cualquier otra cosa. La lógica más cerrada, la retórica más poderosa, nunca convencerían a un alma tan bien como esa lógica y retórica más poderosas: la seriedad de un verdadero cristiano. Que los hombres que ahora son perezosos nos vean con seriedad, y comenzarán a seguir nuestra estela, Dios bendecirá nuestro ejemplo para ellos, y por medio de nosotros serán salvos.

Pero además, la excelencia del servicio personal, me parece, no se limita al bien que hacemos, sino que debería argumentarse a partir del bien que obtenemos. Tenemos en nuestras iglesias, hombres y mujeres que siempre están buscando una oportunidad para pelearse. Si hay un miembro que ha cometido el más mínimo desliz, lo denuncian al público, lo cuentan en Gat y lo publican en las calles de Ascalón. No hay nada que sea correcto. Si hacen una cosa hoy, está mal, si la modificaran mañana, estaría igual de mal. Nunca son consistentes en nada, sino en sus inconsistentes murmuraciones.

La cura más poderosa para la iglesia es ponerlos a trabajar. Los ejércitos son cosas problemáticas, incluso los emperadores encuentran que deben permitir que estas cosas hambrientas sacien su apetito con la guerra. La iglesia misma nunca podrá ser bendecida mientras haya división en sus propias filas. Su misma actividad causará desorden, la misma seriedad en el cristiano causará confusión, a menos que lleves esa seriedad a su propio campo de desarrollo.

Siempre he encontrado que donde hay una iglesia conflictiva, es seguro que es una iglesia ociosa. Pero donde los hombres están siempre "en eso", tienen muy poco tiempo para encontrar defectos unos en otros. Cuando fundimos hierro, las dos piezas se soldarán pronto, juntemos dos piezas frías, y el brazo más robusto y el martillo más pesado nunca podrán soldarlas. Que nuestras iglesias estén unidas y serán fervientes, que sean frías, y serán arrojadas a mil escalofríos.

Y además, tenemos una gran clase de pobres criaturas que, si bien no están descontentas con los demás, están descontentas consigo mismas. No pelean con otras personas, pero parecen estar peleando incesantemente con celos personales de sí mismos. No son lo que les gusta ser, y no son lo que desean ser, no sienten como deberían sentir, y no piensan como les gustaría pensar.

Siempre están hundiendo el dedo en sus propios ojos, porque no pueden ver tan bien como desearían. Siempre se están rasgando las heridas que tienen, porque esas heridas escuecen, haciéndose miserables para poder ser felices. Y al final, llorando hasta llegar a un inconsolable estado de miseria, adquieren el hábito de lamentarse, hasta que ese lamento parece ser la única dicha que conocen.

Para usar una ilustración familiar, y una que será recordada, aunque otra no lo sea, la manera más rápida para que estas almas frías se calienten es poniéndolas a trabajar de inmediato. Cuando éramos niños, a veces nos reuníamos alrededor del fuego de nuestro padre en invierno, y casi nos sentábamos sobre él, pero no podíamos entrar en calor, nos frotábamos los dedos con sabañones, pero seguían azules, al final nuestro padre sabiamente nos sacó fuera y nos ordenó trabajar, y después de un saludable pasatiempo pronto volvimos con los miembros ya no entumecidos, la sangre circulaba, y lo que el fuego no podía hacer, el ejercicio pronto lo consiguió.

Ministros de Cristo, si vuestra gente os grita: "¡Consuélanos!" Entonces consuélienlos, y hagan que el fuego sea bueno, al mismo tiempo recuerden que todo el fuego que puedan encender no los calentará mientras estén ociosos. Si están ociosos, no pueden calentarse. Dios no hará que Su pueblo coma la grosura y beba lo dulce, a menos que estén preparados para llevar su carga y dar una porción a otros, así como buscar carne para sí mismos. El beneficio del servicio personal no se limita entonces a los demás, sino que llegará a ser disfrutado incluso por aquellos que se dedican a él.

Un ejemplo o dos aquí pueden tender a reforzar la lección que estoy ansioso por inculcar. Si deseas probar la verdad de esto, puedes comenzar a hacer un experimento tolerable en el curso de la próxima media hora.

¿Quieres sentirte agradecido? No vayas a casa y coge el libro de himnos. Ve por esta calle y toma la primera calle a la izquierda o a la derecha, como prefieras. Sube el primer par de escaleras que encuentres, verás una pequeña habitación, tal vez el marido ya ha llegado a casa, ha llegado cansado, y hay un grupo de niños, todos sucios, y todos viven y duermen, tal vez, en esa habitación. Bien, si tan sólo vieran eso con sus propios ojos, y luego regresaran a su propia casa, comenzarían a sentirse agradecidos.

O levantarse mañana por la mañana, e ir a otra casa, y ver a una pobre criatura tendida en el lecho de languidez, dependiente de la asignación parroquial, y peor que eso, muriendo sin esperanza, sin saber nada de Dios ni del camino de la salvación, y si eso no te hace sentir agradecido cuando piensas en tu propio interés en la preciosa sangre de Jesús, no conozco nada que lo haga.

Nuevamente, ustedes quieren ser celosos y serios. El próximo día de reposo por la mañana caminen por New Cut, y si la abierta depravación no los hace fervientes, su sangre es sangre de pez, y no tienen el calor de la sangre del hombre en ustedes. Sólo vean cómo la calle está abarrotada todo el día con aquellos que compran y venden, y obtienen ganancias, mientras ustedes se reúnen en la casa de Dios para orar y alabar.

Si eso no te satisface, y quieres sentir un celo especial, sal a pasear y no te limites a mirar, sino que comienza a actuar. Pónganse en medio de la multitud cerca del Teatro Victoria y traten de predicar, y si no se sienten deseosos cuando oigan sus clamores y vean sus ojos ansiosos, como si anhelaran oírlos con los ojos además de con los oídos, si eso no los hace celosos, no sé de nada que pueda hacerlos celosos.

Toma un puñado de folletos en tu mano y un puñado de monedas de cobre en tu bolsillo, dos cosas buenas juntas, y da un poco de cada una a la gente pobre, y ellos te recordarán, y después de que hayas ido a aquellos, los más pobres y los más depravados, si no regresas a casa con un sentimiento de gratitud mezclado con uno de celo ferviente por la salvación de las almas, no sé qué remedio puedo prescribirte.

Desearía que algunos de ustedes, finas damas y caballeros, tuvieran la oportunidad de pasear por algunos de nuestros patios y callejones; es más, desearía que tuvieran un trato especial que pudieran recordar siempre. Me gustaría que durmieran una noche en una pensión, me gustaría que comieran una vez con un pobre hombre, me gustaría que se sentaran en medio de una pelea de borrachos, me gustaría que vieran a una pobre esposa, con la cara sangrando, donde un marido brutal y degradante la había estado golpeando, me gustaría que pasaran un día de reposo en medio del pecado y el libertinaje, me gustaría que vieran una escena de vicio, y luego apresurarme a dejarlos de una vez por todas.

Creo que si te llevara allí no sólo para que vieras, sino para que actuaras y cooperaras en alguna santa obra de servicio, si te llevara allí para que metieras tu mano en la jaula, y sacaras alguna joya perdida, para que metieras tu dedo en el propio fuego, para que arrancaras algún tizón de la hoguera, creo que la utilidad no sería toda para otros, sino que en gran medida se manifestaría en tu propio corazón. Te irías a casa y dirías: "No podría haberlo creído, no podría haber imaginado que las necesidades de esta ciudad fueran tan grandes, que la necesidad de orar y predicar, y de generosa liberalidad, podría haber sido una décima parte tan enorme".

Estoy seguro de que si sois cristianos, a partir de ese momento seréis más infatigables en vuestra labor y más ilimitados en vuestros dones que antes. No debo demorarme más, el tiempo me reprende, aunque si alguno de ustedes lo lleva a la práctica, el tiempo empleado en persuadirlos habrá sido bien empleado.

IV. Quiero ahora, por un minuto o dos, venir a esa Sociedad, por la cual estoy aquí para abogar esta noche, y observar ***su peculiar adaptación al servicio personal.***

Amamos a la Sociedad Misionera, tanto para el país como para el extranjero, aunque en cierta medida nos ayuda a servir a Dios por delegación. Amo a la Sociedad Bíblica, porque me permite servir a Dios personalmente. Por la misma razón, debo amar siempre a la Sociedad de Tratados Religiosos, porque me permite, es más, me obliga, si quiero hacer algo, a hacerlo yo mismo.

Creo que sólo necesito mencionar uno o dos detalles. La forma peculiar de utilidad de la Sociedad de Tratados Religiosos se adapta admirablemente a aquellas personas que tienen poco poder y poca habilidad, pero que sin embargo desean hacer algo por Cristo. No tienen la lengua del elocuente, pero pueden tener la mano del diligente. No pueden estar de pie y predicar, pero pueden estar de pie y distribuir aquí y allá estos predicadores silenciosos. No sienten que puedan contribuir con una guinea, pero pueden comprar sus mil folletos, y estos los pueden distribuir.

Cuántos pequeños en Sión han gastado su vida en hacer este bien, cuando tal vez no podrían haber encontrado ningún otro bien a su alcance. Esto, sin embargo, es sólo el principio, la parte más pequeña del asunto. Y cuando los hombres comienzan con pequeños esfuerzos por Cristo, como la entrega de un tratado, se fortalecen para hacer algo más después.

Hablo personalmente esta noche, y disculpen la alusión, recuerdo que el primer servicio que mi corazón juvenil prestó a Cristo, fue la colocación de folletos en sobres, para poder enviarlos, con la esperanza de que escogiendo folletos pertinentes, aplicables a personas que yo conocía y luego sellándolos, Dios los bendeciría.

Recuerdo muy bien haberlos llevado y distribuido en un pueblo de Inglaterra donde nunca antes se habían distribuido folletos, e ir de casa en casa y contar en lenguaje humilde las cosas del reino de Dios.

Podría no haber hecho nada, si no me hubiera animado al verme capaz de hacer algo. Busqué hacer algo más, y luego de eso, algo más, y ahora he llegado más allá. Y así no dudo que muchos de los siervos de Dios han sido llevados a hacer algo más elevado y noble porque el primer paso fue para bien.

Considero que la entrega de un tratado religioso es sólo el primer paso para la acción, que no puede compararse con muchos otros actos realizados por Cristo; pero si no fuera por el primer paso, nunca llegaríamos al segundo; pero, una vez alcanzado el primero, nos animamos a dar otro, y así, al final, con la ayuda de Dios, podemos llegar a ser ampliamente útiles. Además, hay que decir a favor de la Sociedad que no hace que un hombre realice un acto que parece servicio, pero que no lo es.

Hay un verdadero servicio de Cristo en la distribución del Evangelio en su forma impresa, un servicio cuyo resultado sólo el cielo revelará, y sólo el día del juicio mostrará. Nadie puede decir cuántos miles han sido llevados al cielo instrumentalmente sobre las alas de estos folletos.

Podría decir, si fuera correcto citar tal Escritura: "Las hojas eran para la curación de las naciones"; ciertamente lo son. Esparcidas donde apenas podía transportarse el árbol entero, las mismas hojas han tenido una virtud medicinal y curativa, y la verdadera Palabra de verdad, la simple declaración de un Salvador crucificado, y de un pecador que será salvado simplemente confiando en el Salvador, ha sido grandemente bendecida, y muchos miles de almas han sido conducidas al reino de los cielos por este simple medio.

Y ahora, ¿qué diré para resumir lo que ya se ha dicho en una forma concisa? Que cada uno de nosotros, si no ha hecho nada por Cristo, comience a hacer algo ahora. La distribución de folletos es lo primero. Hagámoslo e intentemos algo más más adelante. Si, por otra parte, ya estamos diligentemente comprometidos en algún servicio más elevado para Cristo, no despreciemos esos pasos que nos ayudaron a subir, sino ayudemos ahora a otros con estos pasos para que ellos también puedan elevarse desde el grado de servicio que les corresponde a uno más alto y más grande. De hecho, animemos a esta Sociedad en todo momento con nuestras contribuciones y con nuestras oraciones.

Les recuerdo que durante este año la Sociedad de Tratados ha enviado al extranjero unos cuarenta y dos millones de tratados, unos cuatro millones y medio más que el año pasado. Estos han sido enviados a todo el mundo.

Extensa como el hombre, puedo decir que ha sido la acción de esta Sociedad, no confinada a ninguna secta o denominación, ni a ninguna clase o región. Ha trabajado para todos, y todos los cristianos han trabajado con ella, y Dios le ha dado una gran medida de éxito.

Creo que puedo dejarlo en tus manos esta noche. Pero permítanme una palabra antes de despedirme. A muchos de ustedes no los volveré a ver, y recuerdo que mi propio sermón me dice que tengo un servicio personal que prestar a Cristo. No me basta con instaros a que lo hagáis, yo también debo hacerlo.

Oyentes míos, no se imaginen que cualquier servicio que puedan hacer por Cristo salvará sus almas si no son renovados. Si su fe no está fija en Jesús, sus mejores obras no serán sino espléndidos pecados. Todo el cumplimiento de los deberes no afectará vuestra salvación. Dejad vuestra propia justicia, cesad de todas las obras para preservar la vida, y "cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo". Confía en Jesús y serás salvo, confía en ti mismo y estarás perdido. Tal como eres, arrójate sobre Cristo.

Recuerdo que el doctor Hawker concluyó un admirable discurso con estas breves palabras; las palabras fueron dirigidas a la Rebeca de antaño: "¿Te irás con este hombre?". Permítanme concluir con palabras semejantes: Almas, ¿iréis con Cristo? ¿Iréis a Cristo?

"Quisiera ir con Él", dice uno, "pero ¿me aceptaría?". ¿Rechazó alguna vez a alguien que vino a Él? "Quisiera ir con Cristo", dice otro, "pero estoy desnudo". Él te vestirá. "Quisiera ir con Él," dice un tercero, "pero estoy sucio". Él puede limpiarte, es más, Su propia sangre te lavará, y Sus propias venas suministrarán la corriente purificadora. "Yo quisiera ir con Él," dice otro, "pero estoy enfermo y leproso, y no puedo caminar con Él." Ah, pero Él es un gran Médico, y puede sanarte.

Ven como eres a Cristo. Muchos dicen: "Pero yo no puedo venir". Recuerdo una oración en el norte de Irlanda, en el avivamiento, que da en el blanco. Los jóvenes convertidos se dirán unos a otros, cuando uno diga: "No puedo venir": "Hermano, ven si puedes, y si no puedes, ven como puedas". ¿No vendrás tú, cuando viniendo a Cristo puedes salvar tu alma?

No sabemos lo que es la fe cuando nos decimos: "Es algo tan misterioso que no puedo alcanzarlo". La fe es confiar en Cristo. Es el fin del misterio y el comienzo de la simplicidad, el abandono de todos esos sentimientos ociosos y la creencia de que nada más puede salvar el alma, y la recepción de ese pensamiento maestro, que Cristo Jesús es exaltado en lo alto para ser Príncipe y Salvador, para dar arrepentimiento y remisión de los pecados.

Nunca un alma pereció confiando en Jesús, nunca un corazón fue asolado por la perdición que se hubiera apoyado confiadamente en la cruz. Ahí está tu esperanza, pobre náufrago, en aquella constelación de la cruz con esas cinco estrellas, las llagas de Jesús. Mira allí y vive. Una mirada y estarás salvado. Esas palabras que aceleran el alma, "Cree y vive", comprenden todo el Evangelio de Dios. Que el Espíritu Divino te guíe ahora del yo a Cristo. Oh, Señor, envía Tu bendición por amor a Jesús. Amén.

EstudiaLaPalabra.org